
Omraam Mikhaël Aïvanhov

**LAS LEYES
DE LA MORAL
CÓSMICA**

1ª edición



Obras completas – Tomo 12

EDICIONES PROSVETA

I

Cosecharéis lo que hayáis sembrado

I

Si os acordáis, mis queridos hermanos y hermanas, ayer os dije unas palabras sobre lo que significa, desde el punto de vista psicológico, el hecho de estar en sintonía con alguien. Cuando escucháis a un amigo que os habla, os veis obligados a vibrar al unísono con él para comprenderlo. Comprender a un ser, es vibrar al unísono con él, ésta es la definición de la comprensión. Para recibir una emisión de radio, debéis captar cierta longitud de onda; de la misma manera, para recibir pensamientos, sentimientos, palabras, debéis estar en la misma longitud de onda que el que los emite. Si no comprendéis a alguien, es porque no sabéis o no queréis vibrar al unísono con él, elevaros o rebajaros a su nivel de conciencia. Pero, cuando le comprendéis, es porque habéis llegado, al menos por un momento, a sintonizar con él. Éste es el secreto de la comprensión. La comprensión es una especie de acuerdo con un objeto o un ser.

En realidad, en este punto habría que hacer algunas precisiones. Cuando escucháis a alguien, una parte de vosotros se ve obligada a ponerse en sintonía con él para oír y captar el significado de sus palabras, pero otra parte puede no estar en esta sintonía. El que escuchéis a alguien y tratéis de comprenderle no significa que tengáis la misma opinión que él: podéis estar de acuerdo en escucharle, en tratar de comprenderle sin

estar de acuerdo con lo que dice. Pero si no sólo le escucháis, sino que también consentís y participáis con todo vuestro ser en lo que dice, entonces estáis doblemente en sintonía. Existen pues varias clases de sintonía.

El ser humano está constituido por un determinado número de órganos cuyas vibraciones son diferentes; las longitudes de onda del corazón, del cerebro, del hígado, del estómago, del bazo, etc., no son idénticas; sí, pero el organismo mismo las abarca todas. Y el pensamiento, digamos el cerebro, aunque ambos no sean lo mismo, es el reflejo del comportamiento de todas las células y expresa su voluntad, sus deseos, sus caprichos, sus dificultades y sus sufrimientos. Son pues las células del cerebro – unos miles de millones de células – las que están preparadas para ser los portavoces del individuo entero. Las otras células también hablan, explican, piden, pero les falta un instrumento, una «boca» que les permita hacerse comprender, y es pues el cerebro, el encargado de expresar la voluntad, las tendencias y las necesidades de todo este pueblo que representa el organismo. Pero no porque el cerebro sea inteligente, puede hacer hablar a la lengua, mover los ojos o la nariz, ser el único que sabe expresarse; no, todo habla en el hombre, pero de momento, es el cerebro el que ha recibido la misión de expresar todos los demás órganos. No todo el cerebro, sino solamente algunas células situadas en la parte media de la frente, las demás tienen una función diferente.

Todos esos órganos que constituyen el hombre están raramente de acuerdo unos con otros: lo que el estómago desea no lo quiere el corazón, o lo que quiere el corazón lo rechaza el cerebro. El ser humano no está bien armonizado, vive en medio de conflictos, atraído por opiniones y pasiones contrarias, y es desgraciado. Una parte de sí mismo aspira a la bondad, a la luz, a la honestidad, mientras que otra parte le empuja a la crueldad, a las tinieblas y a la violencia.

¿Qué debemos hacer con todas estas tendencias heteróclitas y contradictorias que hay en nosotros? Justamente, gracias a esas células del cerebro que están despiertas y son inteligentes, debemos descubrir el medio de dominar, de domar, de sosegar, y sobre todo de unir todas las demás células para que formen un solo país, y no varios estados, varios pequeños principados que se hacen la guerra. Y he aquí la historia que nos va a servir de ejemplo. Hace unos siglos, cada país estaba dividido en ducados, principados o pequeños reinos que estaban continuamente en guerra, hasta el día en que, en más o menos tiempo, claro, gracias a una expansión de la conciencia, llegaron a comprenderse mejor y a unirse. De la misma manera, es preciso que un día aparezca en el cerebro humano una luz, una inteligencia, un «rey» que tome el poder y que consiga convencer a las células de todos los órganos de que deben poner el interés colectivo en primer lugar, y de que para llegar a ser verdaderamente poderosas y ricas es necesario que estén todas unidas.

La enfermedad es la mayor prueba de que la anarquía y la discordia reinan en el organismo humano, de que la luz y la inteligencia todavía no han penetrado en cada órgano, en cada célula. El hombre ha permitido que el desorden se instale en él porque es ignorante. Pero, de ahora en adelante, por el interés común, debe imponer su voluntad a todo su pueblo, hacer reinar la disciplina, y con ayuda de ciertos métodos, lograr armonizar sus células, hacerlas vibrar al unísono. Así, todos los órganos obedecerán tranquila e inteligentemente, trabajarán juntos con amor y sólo habrá gozo y abundancia.¹

Pero los humanos nunca podrán llegar a este estado de armonía en un mundo en el que reina la filosofía del desorden, de la anarquía y de la disgregación. Por tanto, hay que encontrar en la tierra un lugar en el que se cultive la filosofía de la armonía, y allí, después de haber penetrado y profundizado todas estas grandes verdades, hacer un trabajo sobre uno

mismo. Este trabajo es el mejor que existe. Ninguna actividad en el mundo puede sobrepasar a la del hombre que hace esfuerzos para introducir dentro de sí mismo la armonía, el orden, la belleza, para unirse a la Inteligencia cósmica y fusionarse con ella. Todos los humanos ejercen un oficio (lo que está muy bien y es muy necesario, porque cada uno debe atender sus necesidades), pero han abandonado la mejor actividad que existe: la de hacer un trabajo sobre sí mismos para proyectar en todas sus células, hasta en los átomos y los electrones, este rayo de armonía que hará vibrar todas las partículas al unísono, de acuerdo con una idea divina, y seguir comunicando día y noche a todo su organismo la convicción de que sólo necesita esta armonía.

Pero ¿cómo hacer comprender a los humanos estas verdades que ni siquiera sospechan? En el pasado, estas verdades estaban perfectamente claras y eran evidentes para todos los sabios que sabían observar la vida. Los sabios, que vivían mucho tiempo y tenían así la posibilidad de verificar las grandes leyes con las que trabaja la naturaleza, dedujeron de sus observaciones una ley, una verdad sobre la que yo quiero insistir ahora. Y si hoy hacéis el esfuerzo de comprenderme, seréis inquebrantables y podréis resistir a todas las filosofías desordenadas y caóticas que se están difundiendo a través del mundo.

Esta ley, la más formidable que nos ha dado la Inteligencia cósmica, se encuentra allí donde nadie la busca, allí donde los filósofos y los religiosos ya no saben mirar: en la naturaleza, y más particularmente en la agricultura. Sí, en la agricultura. Todos los agricultores saben que, si plantan una higuera no cosecharán uvas, sino higos, y que no recogerán peras de un manzano. Ésta es la ley moral más grande: cosechamos lo que hemos sembrado o plantado. Los agricultores fueron pues los primeros moralistas; fueron ellos los que se dieron cuenta de que la Inteligencia de la naturaleza había establecido una ley

estricta e inmutable. Después, observaron la vida, el comportamiento y las acciones de los hombres, y constataron que ahí también volvemos a encontrar las leyes de la agricultura: no cosechamos otra cosa que lo que hemos sembrado, lo que quiere decir que si os conducís con crueldad, egoísmo, violencia, un día u otro esta crueldad, este egoísmo y esta violencia recaerán sobre vosotros. Es también la ley del eco, de choque y de rechazo. La pelota rebota y vuelve a golpearos. La ley es absoluta.

La moral no es un invento humano, mis queridos hermanos y hermanas. Algunos acusan a la Iglesia de haber inventado reglas y prácticas para esclavizar y cloroformar al pueblo. Es cierto que han habido papas, cardenales que han cometido abusos sirviéndose de la religión, pero eso no quiere decir que hayan inventado las grandes leyes religiosas y morales. Las recibieron en herencia de los Iniciados que las descubrieron antes que ellos estudiando la naturaleza. La verdadera moral y la verdadera religión no son inventos humanos.²

Cosecharéis lo que hayáis sembrado. Si estudiamos en detalle esta ley fundamental, si expandimos su significado, se convierte en un sistema rico y profundo, porque cada verdad esencial tiene aplicaciones en todos los campos. Explicada detalladamente esta ley, da nacimiento a todo un sistema filosófico, y por eso la religión tiene ahora tantas reglas y preceptos. Pero, en el fondo, en el origen de todas estas reglas, hay una sola ley: cosecharéis lo que hayáis sembrado, a la que, sucesivamente, se han añadido otras igualmente verídicas, y que son como una consecuencia, una expansión de la misma en el terreno filosófico. Por ejemplo, las palabras de Jesús: *«Y como queréis que hagan con vosotros los hombres, también vosotros haced con ellos de igual manera.»*

Los que niegan y rechazan todas estas leyes fundamentales, se alejan cada vez más de la verdad; su alma se desgarran por las dudas y las incertidumbres, y eternamente son

zarandeados. Sin embargo, la verdad es muy sencilla, está ahí ante sus ojos. Entonces, ¿por qué los pensadores actuales no quieren reconocerlo y proponen toda clase de teorías que inventan y están en desacuerdo con la Inteligencia cósmica? Ya no creen que exista una moral basada en las leyes de la naturaleza, y por tanto su razonamiento es falso, sus conclusiones son falsas también, y los que leen sus libros o les siguen, se creen todos sus errores y caen en el desorden, las angustias y las tinieblas. Os prevengo, mis queridos hermanos y hermanas, ¡cuidado! Debéis aprender a razonar y a juzgar. Si no tenéis criterios, cualquiera puede induciros a error. Vigilad pues, no os dejéis influenciar por unos intelectos humanos oscurecidos, seguid a la Inteligencia cósmica que ha ordenado y organizado tan maravillosamente las cosas.

Aunque alguien no crea en Dios, no puede dejar de reconocer que existe un orden y, por tanto, una Inteligencia en la naturaleza. Que considere al menos el hecho de que cada simiente produce su semejante. ¿Cómo no ver en ello la obra de una inteligencia? Sólo con observar esta ley se verán obligados a cambiar su visión del mundo. Podemos no creer en Dios, pero no podemos dejar de creer que toda simiente se reproduce con exactitud, sea a través de una planta, de un árbol, de un insecto, de un animal, o de un hombre... Porque si no es una semilla, es un germen, un huevo. Esta ley es absoluta, y debe hacer reflexionar a toda la humanidad. Podéis permitir os ser ingratos, injustos, crueles o violentos, pero debéis esperar que, tarde o temprano, esta ley venga a aplicarse en vuestra vida. Por ejemplo, tendréis un hijo o varios hijos, y como se os parecerán, seréis los primeros que tendréis que sufrir a través de ellos por vuestro comportamiento. Aunque Dios no existiese, la Inteligencia cósmica está ahí, sin cesar tenéis pruebas de ello.

Hacéis lo que os da la gana y creéis que nada se graba y que no seréis castigados... Creed lo que queráis, la Inteligencia

cósmica ya lo ha grabado todo. En cada pensamiento, sentimiento o acto ponéis un germen que crecerá, y si os habéis mostrado ingratos, injustos, crueles, violentos, os volveréis a encontrar un día en vuestro camino las mismas ingratitudes, las mismas injusticias, las mismas crueldades, las mismas violencias; os volverán a caer sobre la cabeza veinte, treinta o cuarenta años después, y entonces empezarán a comprender que existe una Inteligencia cósmica que lo graba todo.

Dejad la *Biblia* y los *Evangelios* si queréis, dejad a los profetas, las iglesias, los templos, pero aceptad al menos esta ley, que es irrefutable: cosecharéis lo que sembréis. «Quién siembra viento, recoge tempestades» dijeron también los sabios que habían observado bien las cosas. En cuanto a los científicos, a los pensadores y a los escritores que quieren rechazar esta verdad, pues bien, también ellos se verán acorralados, mordidos, no podrán escapar a las consecuencias de sus actos, y entonces comprenderán. ¡Son tan inteligentes y no ven lo que es más sencillo!... Os diré incluso que a partir de esta ley se pueden restablecer todos los Libros sagrados del mundo entero; sí, sólo a partir de esta ley.

Muchos se dicen: «Evidentemente, estas cosas están escritas en la *Biblia*, en los *Evangelios*, pero ¿existe Dios de verdad?»³ Os responderé que no tenéis que preocuparos de saber si Dios existe, ni siquiera de si existió Jesús o de si los Evangelios son auténticos o no. Tomad solamente esta ley, ella basta para restablecerlo todo y llevaros hacia la verdad. ¿Veis?, mi explicación es sencilla. Porque entonces, aunque Dios no existiese, nos veríamos obligados a inventarlo (fue Voltaire quien dijo esto, pero por otras razones); sólo debido a esta ley, nos veríamos obligados a inventarlo. ¿Por qué entonces, mis queridos hermanos y hermanas, dejarse embaucar por estos pensadores, de moda, según dicen, que lo disgregan todo? Pues bien, a mí no me embaucan, porque la verdad que he visto, la verdad que he conocido es verdaderamente

irrefutable, eterna, y todos pueden verificarla. Sólo que, nunca se lleva a los humanos hacia las cosas sencillas que están ahí, visibles, tangibles, siempre se les arrastra a reflexiones y argumentos... «originales», ¿comprendéis?, y por muy contrarios a la verdad que sean, no importa, todos están maravillados, ¡puesto que se trata de algo nuevo, original!

La moral es una realidad, mis queridos hermanos y hermanas; son los humanos los que no quieren verlo y los que todavía discuten sobre Dios, sobre tales y cuales puntos de teología... Es inútil discutir, basta con saber que todo se graba, todo. Si el árbol logra grabar en su semilla las propiedades, los colores, las dimensiones, los gustos y los perfumes de los frutos, ¿por qué, entonces, no podría hacerlo el hombre? Y ¿por qué no la naturaleza? La naturaleza ha conseguido grabarlo todo, y la moral está basada justamente en la grabación, en la memoria de la naturaleza. Sí, la memoria. Porque la naturaleza posee una memoria que nada puede borrar. ¡Y tanto peor para el que no tome esta memoria en consideración! Ella sigue grabando día y noche las cacofonías, los estados espantosos que el hombre lleva en sí, y un buen día, éste es mordido, aplastado, aniquilado. Nadie puede escapar a esta ley, nadie ha sido nunca lo suficientemente poderoso para lograr escapar de ella: ningún emperador, ningún dictador, nadie. En la memoria de la naturaleza todo está grabado.

Así que, cuidado con lo que estáis grabando. Todo lo que hacéis, todo lo que decís, todo lo que pensáis, todo lo que deseáis, se graba en las profundidades de vuestras células y, tarde o temprano, recogeréis sus frutos en vuestra vida. Si los hombres fuesen instruidos y razonables, si se vigilasen para no sembrar, plantar y propagar con sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos semillas tenebrosas, negativas y destructivas, tendrían otro destino. No penséis que los que son buenos, generosos y llenos de amor, reciben siempre mal en vez de bien. Los que se apresuran demasiado en sacar conclusiones,

propagan estupideces diciendo: «Haced el bien y cosecharéis siempre el mal.» No, esto es falso. El bien produce siempre el bien, y el mal produce el mal. Haced el bien, y os lo encontraréis aunque no queráis. Si hacéis el bien y os alcanza el mal, es porque aún hay gente en la tierra que se aprovecha y abusa de vuestra bondad. Pero debéis tener paciencia, debéis continuar, porque tarde o temprano serán castigados, serán sometidos por otros más fuertes y más violentos que ellos; y entonces, comprenderán, se arrepentirán y vendrán a reparar las faltas que cometieron con vosotros. Así es como el bien produce frutos, e incluso doblemente, porque en estos casos, el Cielo tiene en cuenta todo lo que habéis sufrido haciendo el bien, todas las desgracias que os sucedieron cuando no lo merecáis; lo tiene en cuenta, y la recompensa es doble.

Evidentemente, haciendo el bien empezamos a menudo encontrándonos con el mal, pero la ley es inmutable: un día lloverá el bien sobre vosotros, y lloverá incluso sin cesar. Todavía no sabéis lo que es el bien, no sabéis hasta qué punto es poderoso y capaz de protegeros, de curaros, de iluminaros. ¡El bien tiene un poder increíble! Como los hombres no están instruidos, repiten lo que han oído sin ni siquiera verificarlo: «Haced el bien y recibiréis el mal.» Evidentemente, la fórmula tiene algo de verdad, ¿a quién se lo decís? Yo también me he dado cuenta, pero sólo es en apariencia y por poco tiempo, por muy poco tiempo. ¡Seguid haciendo el bien y veréis después!

Los humanos necesitan ahora un saber sólido, verídico, irrefutable que cada uno podrá verificar, tocar. Y es este saber el que os traigo. ¡Vamos, tratad de negar que cosechamos lo que sembramos! Todo el mundo, por otra parte, está convencido de la veracidad de esta ley, pero solamente en el plano físico, no van más lejos. Si fuesen más lejos, más arriba, volverían a encontrar las mismas leyes, las mismas

correspondencias, porque el mundo es una unidad: en todos los planos, en todos los niveles, reencontramos los mismos fenómenos, las mismas leyes, pero bajo una forma diferente y cada vez más sutil. Todo lo que hay en la tierra lo reencontramos en el agua, y todo lo que hay en el agua lo encontramos de nuevo en el aire, etc. Los cuatro elementos obedecen a las mismas leyes, pero dado que no son ni de la misma esencia ni de la misma densidad, constatamos algunas diferencias de uno a otro. Reaccionan más o menos lentamente, más o menos violentamente, pero son dirigidos exactamente por los mismos principios. El mundo mental del hombre, por ejemplo, corresponde al aire, y encontramos en él los mismos torbellinos y las mismas corrientes que en la atmósfera, pero bajo la forma más sutil de ideas y de pensamientos. Las leyes del mundo psíquico son idénticas a las leyes de la naturaleza.

La agricultura nos enseña que sólo cosechamos lo que hemos sembrado, pero debemos ir más lejos, al mundo del pensamiento, para encontrar en él estas mismas leyes y estas mismas correspondencias. Si los hombres creen que pueden permitírsele todo y que cosecharán siempre la felicidad, el gozo y la paz sembrando la violencia, la crueldad y la maldad, se equivocan, esto es imposible. Quizá se necesite cierto tiempo, pero si las semillas no crecen inmediatamente, tarde o temprano crecerán. Para determinadas plantas hay que esperar unas semanas o unos meses, y se conocen algunas plantas exóticas o árboles que sólo florecen un siglo después de haberlos plantado. De la misma manera, si tenéis la paciencia necesaria, verificaréis las consecuencias de vuestros actos. Lo que os digo aquí es absoluto.

Seguid pues haciendo el bien, seguid creyendo, amando. No escuchéis más a vuestra naturaleza inferior que siempre quiere tomar, esclavizar, engullir, y trabajad con vuestra naturaleza superior, con vuestra naturaleza solar que da, que irradia, que brota, ¡como el sol!⁴ Cuando os pregunté hace unos

días por qué el rostro del sol era tan luminoso, os quedasteis sorprendidos con mi pregunta. En la escuela dónde he sido instruido, esto es lo que se enseña: el rostro del sol es luminoso porque siempre está pensando en dar, en sostener, en vivificar, en calentar, en resucitar. Cuando veo que el rostro de alguien se ilumina, me digo: «Tiene proyectos magníficos.» Aunque no me hable de ellos, lo adivino. Y ¿quién me ha enseñado a adivinarlo? El sol. Y si veo que el rostro de alguien se oscurece, se vuelve tenebroso, me digo: «Éste proyecta algo turbio», y es la verdad.

Diréis que esto no es lo que se enseña en las universidades; es posible, pero me da igual. Si los sabios todavía no han llegado a estas conclusiones, un día llegarán. Y mis conclusiones son absolutamente verídicas. Si un hombre no tiene un rostro tan luminoso como el sol es porque el bien en el que medita todavía no es lo bastante grande como para darle una luz así a su rostro. Mientras que para el sol su luz es proporcional... ¡ah!, ahora voy a presentaros mis ecuaciones: la luz del sol es proporcional a la intensidad de su amor y de su sabiduría. ¡Que los matemáticos hagan los cálculos!

Entonces, no os inquietéis, mis queridos hermanos y hermanas, habrá nuevas fórmulas, nuevos descubrimientos, nuevas verdades, y así es cómo se escribirá el tercer Testamento.

Bonfin, 3 de agosto de 1968

Notas

1. *Armonía y salud*, Col. Izvor nº 225.
2. *La fe que mueve montañas*, Col. Izvor nº 238, cap. VII: «La religión no es más que una forma de fe».
3. *La fe que mueve montañas*, Col. Izvor nº 238, cap. IX: «La prueba de la existencia de Dios está en nosotros».
4. *Naturaleza humana y naturaleza divina*, Col. Izvor nº 213, cap. V: «El sol, símbolo de la naturaleza divina».